



# Sueño de un Labriego

Un incierto dolor en el pecho y algunas visiones inexplicables y vagamente relacionadas con olvidados episodios de su niñez anunciaron al labriego que ya no vería la primavera del año siguiente, el 1616 de la Era del Señor. Se volvió taciturno y desanimado, no preparó como todos los años los aperos y las semillas y, cuando del Castillo enviaron noticias de que haría buen tiempo en abril, en vez de regocijarse con sus hijos permaneció oculto dentro de la cabaña mientras en el pueblo, bajo los techos nevados aún, se festejaba la promesa de una cosecha abundante. Aquella extraña conducta despertó la curiosidad de su mujer y una tarde, aprovechando la ausencia de los hijos, lo sometió a un dulce pero firme interrogatorio.

El labriego se abstuvo de mencionar sus presagios y el mal que carcomía su cuerpo, pero con el fin de tranquilizarla discurrió ampliamente sobre la naturaleza de sus terribles y maravillosos sueños, a los que atribuyó el origen de la tristeza que lo embargaba.

El caso es que, desde muy joven, había soñado incessantemente los más extraordinarios acontecimientos y en sus sueños participaban, con una realidad y una coherencia que le causaban estupor, personajes de los que no debería haber conocimiento en el cerebro de un siervo. Y, por cada sueño, las pasiones, las intrigas, las penas, las alegrías, las locuras, las miserias y las grandezas de las que eran objeto y actores los reyes, los guerreros, los mendigos, los caballeros, los amantes, los señores y los vasallos, dejaban en su espíritu la frustración inmensa de no poder describir para sus contemporáneos, y menos aún para la eternidad de sus descendientes, el manantial de asombro y de gloria del que —estaba seguro— solo él poseía la clave: el labriego, como todos los siervos de su tiempo y de aquel reino, era analfabeto.

Así, pues, mientras él terminaba de lamentar la imposibilidad de dar a los demás lo único que había de maravilloso en su oscura vida, al otro lado de la mesa, bajo la luz amarilla de una vela que apenas alcanzaba a atenuar la oscuridad de un atardecer casi de invierno, su mujer separaba la mirada de la hogaza recién partida entre sus manos para decirle: —Todo lo que tienes que hacer es soñarte capaz de escribir las maravillas de tus propios sueños.

Había en los ojos de la mujer la resurrección de un brillo hacía mucho sepultado bajo las penas de una juventud trabajosa, un destello que le dio a Miguel, el labrador, la certeza de contar, entre aquel momento y el de su muerte inevitable y cercana, con todo el tiempo del mundo.

Bien se sabe que en los sueños lo infinito y lo eterno están al alcance de las manos, y aquella misma noche el labriego que no veía la primavera de 1616 soñó deliberadamente un sueño en el que Miguel no era un siervo analfabeto sino el veterano de alguna batalla entre turcos y cristianos, y en el que nosotros, porción futura de sus sueños, hojearíamos, en silencio por temor a despertarlo, los misteriosos volúmenes que contienen al más definitivo de ellos: El Quijote.